

## LA RISA SALVA DE LOS AGUDOS DOLORES

Como todos ya saben en este lugar, soy Ana Laura, estoy en ese sitio por asesinar a quien fue mi pareja por unos pocos meses, lo conocí lo suficiente como para no arrepentirme de lo que hice. Lo maté de un hachazo en la frente. Las razones -que se hicieron públicas en el juicio- y mi condena ya es conocida. Aunque nunca diré las verdaderas razones tal cual fueron. Ya no tengo ningún interés que se sepa más de mí.

Hoy escribo esto porque no sé cuánto tiempo de vida me queda en este lugar. Mi salud no es buena. Padezco unos dolores que me cruzan el cuerpo y muchas veces el alma. Llevó meses con esta agónica situación. No he querido avisar a los médicos, no quiero estudios, ni traslados a los hospitales, ni esposas en las manos, ni guardias en las puertas, ni jueces autorizando nada, ni siquiera quiero una muerte digna. Leyendo libros de medicina que hay en la biblioteca, ya puedo imaginar qué es lo que padezco. Mi madre a mis quince años murió de lo mismo que moriré yo. Bueno, a fin de cuentas, yo llevo quince años acá, o sea, que son como los quince años que tenía yo cuando murió mi madre. Además en octubre cumpliré los mismos años que tenía mi madre. A mi madre le falló el corazón por su insuficiencia, a mí me pasará lo mismo. No hay nada más para decir al respecto.

Pero también aprendí que éste es mi lugar. Que a pesar de lo horrible, es mi lugar. Lo desprecio con todas mis fuerzas y me siento asimismo parte de toda esta mierda. Llevó quince años acá. Celina lleva veinte y parece que en este mes se va. Necesito escribir para encontrar la risa perdida, para encontrar también la tristeza. Mi risa y mi tristeza perdida en este lugar. Este lugar es la soledad misma presente de la peor manera.

La soledad puede ser tantas cosas y a la vez ninguna. Es como agarrar el agua del río como la mano, se puede pero solo unos minutos hasta que esta caiga sin más consuelo. Es el infierno y el cielo en una misma metáfora de vida. Es paladar para un buen vino y no tener vino que tomar. Y hace tanto que no tomo un buen vino... Excepto cuando viene Andrea y le trae regalos a la guardia cárcel, y deja pasar una botella para seis.

La soledad en este sitio es como tener muchos amigos y tener que hamacarse solo en las noches tristes. Largas noches de insomnio repasando en detalle todos los momentos de mi vida. A veces pienso y me consuela pensar que tuve una vida de mierda, con un padre de mierda, con unos hermanos de la misma madera que la de este tipo que me engendró. Este lugar es la soledad en su máxima expresión.

A veces recuerdo cuando era una persona que andaba libre por la calle y me sonreía alguien que no conocía y me preguntaba: "por qué me sonreirá a mí". A veces era solo una sonrisa, nada del tono de burla que yo solía interpretar.

Muchas veces, en este lugar, también soñé con él, como si estuviera conectada con un hilo invisible con mi primer amor, ese que me robó el corazón y que no fue el que maté del hachazo en la frente. Estos recuerdos inexistentes de situaciones inexistentes, me producen cierta alegría, es como si de pronto pasara un ángel y nadie lo percibe, y solo se manifiesta en esa risa que se manifiesta en mi rostro, como una mueca simple.

En este lugar, a pesar de la porquería que me rodea, es bonito ver algo tan simple como llover, o ver el sol o ver el atardecer por la ventana de nuestra habitación, bueno, mejor dicho celda. Pero queda mejor decir suite o habitación y no celda.

A veces me recuerdo mirando el mar. Cuando era niña, fui muchas veces al mar. Mi padre, a pesar de lo mierda que era, me llevaba unos días allí. Como imagen poética es una bella imagen, sentada mirando hacia el horizonte en esa infinitud donde se tocan el cielo y el agua. Es una postal que no olvidaré nunca. Si hubiera tenido un amante o un amor en este lugar, seguramente le hubiera escrito una carta hablando de todos estos recuerdos. Pero no sé si son reales o yo me los he ido inventando como un juego oscuro de la memoria. La memoria, cuando no se ejercita se atrofia. Lo mismo pasa con la imaginación y con los recuerdos. Lo que pasa es que cuando uno imagina recuerdos, nunca se sabe si los vivenció de verdad o solo los imaginó. De todos modos, en este sitio, somos lo que recordamos y lo que imaginamos.

Aunque fui perdiendo la risa e incluso la tristeza.

La risa siempre nos salva de los agudos dolores, de la soledad de un cielo sin estrellas y de seguir teniendo un rostro medio apagado frente al espejo. Si hay risa, aunque no lo creas, de pronto ya no sentís el frío crudo de la noche y se relativiza la noción y el paso del tiempo, de igual modo que se escurre el agua a través de la madera. Son esos momentos que podés conversar de las cuestiones más profundas y las más ridículas con el mismo fervor. Ese entusiasmo que a veces existe a cuentagotas en otro lugar. Y cuando la cosa se pone muy seria, cualquier sutil carcajada te saca del colapso y de lo atroz de las feas experiencias, entonces se matizan, se neutralizan, como suelen hacerlo los capullos de algodón con los malos olores.

El amplio mundo es eso que sucede fuera de acá. En estas cuatro paredes blancas sin demasiada textura, con el caño roto de la pequeña cocina que irriga humedad en todo el pabellón, se hace difícil mantener la risa.

La alegría, cuando por alguna razón aparece, corroe las lágrimas que pudieran existir y que existen siempre. Porque siempre existen, o tenemos, o experimentamos esos momentos donde la tensión golpea en ciertos núcleos lagrimales del alma. Porque

como es sabido, las lágrimas son una importante sustancia que riega el alma a sol y sombra.

En este sitio, ya no jugás a ser otro, sino que jugás a ser más que nunca vos mismo, pero desde otro lugar, de esa inmunidad que te da la risa. Y aunque no lo crean, cuando una de nosotras ríe, muchas se contagian. Pero esto hace mucho que no pasa. O pasa muy de vez en cuando. Yo me siento muy perdida si no está la risa. Y a veces me siento ridícula por la misma razón. Hacer y pasar cierto ridículo no es una preocupación en este espacio, en sí mismo es un espacio donde todos hacemos de algún modo el ridículo. O acaso no es ridículo estar presa tantos años, con una enfermedad que me está parando de a poco el corazón por haberle pegado un hachazo en la frente a Lautaro.

Acá en este horrible lugar no hay más que palabras, que sensaciones, y momentos... que no se pregonan ni en cantos y ni en guirnaldas de alegría. Son esos himnos fantásticos que no perdurarán en el tiempo.

Si de algo estoy muy segura es de que la risa perfora con puñaladas certeras las tristezas. Pero son esas risas que surgen en el encuentro con el otro, con los otros. Lo sutil se hace mágico y lo mágico se configura de momentos simples que calan la vida, dejando rastros como las hojas que el mismo otoño va acumulando al costado de los árboles del bosque, que sirven como abono para la próxima primavera.

Son risas que sirven como abono para el próximo encuentro. Para la próxima botella de vino cuando la traiga mi amiga y brindemos porque se va Celina de este lugar. O que podamos brindar, aunque nadie sepa, que en octubre se me va a parar el corazón como se le paró a mi madre.

Ya pronto tendrán más novedades mías, cuando todas estas notas escritas se encuentren entre mis cosas y se las entreguen a mi familia. Familia que nunca tuve.

Mi cadena perpetua será mi muerte.